

## ÍNDICE

1901: Origen del Premio Nobel .....	9
1923: Premio Nobel de Medicina .....	11
1930: Vacaciones en Luarca .....	13
1933: La Residencia de Estudiantes.....	19
Misión especial.....	27
1942: Facultad de Medicina de la Universidad Washington en San Luis.....	35
Grandes esperanzas.....	45
Nueva York .....	57
Sorpresa.....	63
Hamlet .....	69
Canto a mí mismo.....	79
Morir de pie.....	83
El ejército invisible .....	87
Dédalos .....	93
Entrega .....	99
Ariadna .....	101
Despedida .....	109
Marianne .....	113
Sacrilegio.....	135
Herramienta .....	141
Premio innoble .....	143
Colegas.....	147
Naxos .....	149
Pares y nones .....	153
Platero y yo.....	163
Otelo.....	167
Suecia, 1959.....	171
Ítaca .....	175

El Nobel de la Guerra Civil .....	181
Salón de actos .....	187
Matrioska.....	193
Colateral .....	197
Brooklyn .....	201
Yerma.....	207
Puente .....	211
Descifrar el enigma.....	219
Aquiles .....	221
Sarcasmo .....	223
Cowboys .....	227
Preguntas.....	237
Luna de almíbar.....	239
Cíclope .....	245
W.C.....	247
Agamenón.....	253
Tenorio.....	261
Instituto Nacional de la Salud .....	263
El código del premio.....	275
Tolstói .....	279
Piel de toro .....	289
Diciembre .....	293
Relaciones públicas.....	297

Alguien dijo que acabamos dedicándonos a la segunda cosa que hacemos mejor. He podido entretenerme con el oficio de escritor-a-tiempo-parcial porque he tenido suerte en la vida y muchos me quieren. Mis padres, Juan y Pilar, perdonaron con amor mi exilio. Mi familia toleró los encierros en la *habitación de Virginia Woolf* y la *puerta de Stephen King* con paciencia y confianza. Rafael, Joan e Irene aguantaron lecturas estoicamente y me han animado —“Es bueno, papá”— a seguir escribiendo. Marga dijo que *veía* la película, y fue como agua en el desierto: hablar con ella es charlar con otro escritor; a ella debo la edición de párrafos, las llamadas a agentes editoriales, el compartir las experiencias de otros escritores noveles y el consejo objetivo y entrañable. Nela vio la emoción entre las líneas. Ramiro y Rolando boxearon con un borrador sin quebrantar huesos. Carlos Manubens, corazón de león y armadura de Don Quijote, y Elena Mercadé, amiga generosa, acercaron *Exilios* a un editor y abrieron la puerta a la ambición. José María Soler me prestó la *Espada Cantante* y Merche, lectora de Premio Nobel, llevó las hortensias a la tumba de Severo y consiguió que los planetas se alinearan. Ramón Planet, autor de *El Gran Dominó*, no se lo pensó para mover pieza. Joana Soto me dio la bienvenida a su casa en la terra ferma. Esta novela no podría haber sido escrita si las enfermeras del Hospital del Mar de Barcelona no nos hubiesen comprado las maletas para viajar a América.

No hay muchas biografías de Severo Ochoa: debería haber más. Este cuento no es una de ellas. Inspirado por las peripecias del genio asturiano, el autor ha escrito cuanto le ha dictado la imaginación sin querer ser leal ni a ciencia ni a historia. Los personajes de *Exilios y Odiseas* son personajes de libro, y aunque se mueven en contextos históricos parecidos a los reales, habitan en el universo paralelo de la ficción. La biografía de Severo Ochoa es la vida del mejor científico español del siglo veinte y quizá de todos los tiempos. Aquí, sin embargo, se cuenta una de sus leyendas. Si el amigo lector busca información contrastada sobre el doctor Ochoa puede acudir, por ejemplo, a los textos de Marino Gómez-Santos (*La emoción de descubrir y Severo Ochoa: la enamorada soledad*, entre otros), a los recuerdos escritos, fidedignos y entrañables, de los profesores Santiago Grisolia y Margarita Salas, a la biografía científica de María Jesús Santesmases (*Severo Ochoa: de músculos a proteínas*) y al pequeño librito de Gregory Garretson (*Severo Ochoa*) en la serie de biografías hispanoamericanas. *Severo Ochoa: la conquista de un Nobel*, es una serie de televisión. Además Severo Ochoa ha escrito sobre aspectos de su vida y su producción científica y muchos de esos textos pueblan el internet. La vida del profesor Kornberg se describe en *Emperor of enzymes: a biography of Arthur Kornberg, biochemist and Nobel laureate. The least likely man: Marshall Nirenberg and the discovery of the genetic code*, es una biografía reciente del doctor Nirenberg.

## *1901: ORIGEN DEL PREMIO NOBEL*

“La justicia de Dios es la más ridícula de todas las fábulas”.

ALFRED NOBEL

La justicia del Nobel es la más ridícula de todas las fábulas. El primer Premio Nobel de Literatura ignoró a Tolstói. Y multiplicando la paradoja, el escritor ruso —¿quién merecía el premio más que él?— recibió la noticia con alivio. Cinco años después, cuando la Academia de San Petersburgo intentó subsanar el agravio proponiendo su nombre para un Nobel, Tolstói frenó el proceso, dio las gracias a los bienintencionados y aclaró que “ese dinero es una maldición”.

## 1923: PREMIO NOBEL DE MEDICINA

“La justicia se encuentra solo en la imaginación”.

ALFRED NOBEL

En 1923, el Premio Nobel de Medicina recayó en John Macleod y Frederick Banting por el descubrimiento de la insulina.

John Macleod y Frederick Banting aislaron insulina del páncreas y mostraron sus efectos sobre los niveles plasmáticos de glucosa y se repartieron el premio, mitad y mitad. Inmediatamente después de hacerse pública la noticia, Banting denunció que Macleod no era autor del descubrimiento. Este solo dirigía el laboratorio, no participó en la investigación y ni siquiera estuvo presente durante los experimentos clave. Banting llegó a los puños con colaboradores de Macleod y amenazó con renunciar al Nobel si Estocolmo no excluía al escocés. La Academia de Ciencias Sueca no cedió a sus peticiones y, a pesar de ello, Banting, bajo fuertes presiones políticas en su país, ya que Canadá no tenía ningún Nobel de Medicina, acabó aceptando la fórmula del premio. Sin embargo, anunció públicamente que compartiría su dinero con Charles Best, quien, según él, debió recibir el honor en lugar del escocés.

Su protesta fue tachada de envidia, egoísmo y paranoia, mas, en 1972, la Academia de Ciencias Sueca y el Instituto Karolinska aceptaron que Charles Best debería haber compartido el Nobel.

Después de la ceremonia de entrega del Nobel, llegó a la opinión pública la noticia de que Nicolae Paulescu, un científico rumano, había descubierto la insulina un año antes que los laureados. Un miembro del equipo de Macleod confesó

que había leído los artículos: su mal francés, explicó, le impidió entender los detalles...”.

Por si esto fuera poco, un profesor americano llamado Israel Kleinert publicó, antes que Banting y Macleod, que extractos del páncreas disminuían los niveles de glucosa en perros, y sugirió que este descubrimiento podía tener aplicación en la clínica. Sus informes en inglés, publicados en revistas de ciencia reconocidas, no pudieron ser ignorados por nadie interesado en el tema, incluyendo a Banting y Macleod.

A su regreso de Suecia, Banting cambió su línea de investigación y Macleod nunca publicó un trabajo relacionado con la insulina. Después de la muerte de Banting, Best mantuvo viva la protesta contra la nominación de Macleod. En 1981, un presidente del comité Nobel declaró que la justicia del proceso de elección del premio de Medicina de 1923 solo existía en la imaginación de algunos académicos suecos.

## 1930: VACACIONES EN LUARCA

“El amor es una treta de la naturaleza”.

PALACIO VALDÉS

Los García Covián y los Ochoa eran indianos y vecinos de Luarca, un pueblecito pesquero en el norte de España. Severo Ochoa descubrió a Carmen García Covián durante una fiesta organizada para celebrar su victoria en un campeonato de tenis. Severo, ni sabía jugar, ni que las mujeres jugaban. “Son cuatro chicas ricas que quieren imitar a Lili Álvarez”, le dijeron. No le atraían las deportistas, de quienes había oído dos prejuicios y cuatro clichés. Sin embargo, no pudo apartar los ojos de Carmen y trató de acercarse a ella. No lo consiguió, porque la “abeja reina” estaba rodeada de uno, dos o tres “moscones” que bloqueaban la llegada de cualquier otro admirador. Así que tuvo que conformarse con observarla.

Su belleza no era estática, como la de una estatua clásica, sino dinámica y alerta. El pelo negro caracoleaba hasta los hombros, los ojos vivos, castaños, lanzaban miradas rápidas e inteligentes, la nariz era perfecta, y la sonrisa llegaba fácil a los labios finos, apenas pintados. Tenía el talle delgado, y caminaba casi de puntillas, como una Katharine Hepburn sin la coquetería de Hollywood.

Pocos días después, viendo que no podía olvidarla, le propuso una cita. Paco, que era compañero de facultad de Severo, contó a su hermana maravillas de él, y ella aceptó la invitación para pasar la tarde e ir a cenar. Pasearon por la playa, donde Severo le explicó que cuando era niño disfrutaba observando los pececillos en los charcos de agua durante la marea baja y que fue así como descubrió su interés por la bio-

logía. Carmen, que había aceptado la cita solo por cortesía, se sorprendió al encontrar a alguien tan desinteresado de sí mismo, tan diferente de los donjuanes que la merodeaban, que pretendían impresionarla con sus logros. Por si eso fuera poco, se sintió halagada cuando él la contemplaba como si ella fuera lo único que le importaba.

Eso no evitó situaciones incómodas y que estas acabasen estropeando el día. Él se dio cuenta de que el brazo derecho de ella era más grueso que el izquierdo y la cogió por los codos mientras estudiaba los diámetros de los antebrazos con detalle. Le preguntó la causa de aquella curiosa asimetría anatómica. Ella se soltó con un tirón y le explicó que era propio de tenistas. Y se enfadó cuando él quiso saber por qué su piel, ignorando que estaba cubierta en los entrenamientos por los calcetines de deporte, no estaba bronceada en los tobillos. Carmen estuvo a punto de levantarse e irse pero, por razones difíciles de explicar, no lo hizo.

Él también tuvo momentos incómodos. Carmen quiso saber por qué aunque estudiaba medicina decía que no quería ser médico. O cuando le pidió que explicara por qué decía que mientras pudiera hacer lo que quería se conformaría con un salario modesto, ¿es que carecía de ambición? Si Carmen hubiese decidido marcharse, él no la hubiera retenido: era una muchacha arisca, que arañaba sin provocación.

Poco a poco, el ritmo del diálogo languideció. Los silencios se alargaron y ninguno de los dos disimuló las miradas al reloj. Aceptaron mutuas excusas sin reparos y se despidieron antes de la cena convencidos que no merecía la pena repetir la experiencia.

Luarca era un pueblo pequeño, con menos de quinientos habitantes, y los vecinos se encontraban sin proponérselo. Carmen y Severo acudieron a la misma fiesta dos semanas más tarde. Se detectaron en la distancia y se evitaron. A Severo le llamó la atención un acuario en el que los peces, sin mucho espacio para nadar, se mantenían ocupando diferentes niveles, inmóviles y orientados en la misma dirección, aburridos de recorrer su pequeña celda. A través del agua vio como Carmen despachaba a un pretendiente. El primero de la tarde, un ru-

bito con ojos zafiro y mofletes de carnicero, fue recibido con temple a la verónica, y siguieron un tercio de banderillas, sin que la espada se recrease en la suerte, y puntilla. Sintió pena por él, mas no había tiempo para lágrimas, que allí salía, por la puerta de toriles, el número dos. Morocho, de media altura, serio y con pecho en quilla, llegó a la carrera y fue recibido con la nariz levantada y mirando al tercio. La matadora intentó zanzar la lidia con dos naturales de mérito y darle salida hacia la cocina, pero el recorrido del noble era tan corto que no se separaba de su cintura, y la maestra recurrió a una estocada al encuentro que atravesó corazón sin tocar hueso.

Severo no deseaba ser sorprendido espiondo, así que se alejó del acuario y dio una vuelta al salón sin encontrar donde detenerse. No encontró nada que hacer; preguntó y le preguntaron la hora varias veces, pero era temprano para irse sin ofender a los anfitriones, amigos de la familia. Así que salió por la puerta de atrás al patio, pensando en fumar un cigarrillo y meditar sobre las cosas de la facultad y la residencia. Afuera olía a tierra húmeda y a paja mojada. Cerró la puerta de la terraza y lió un cigarrillo, lo colocó en los labios, guardó librito y tabaco en el bolsillo, sacó el mechero de hierro y encendió el pitillo; aspiró con calma y echó el humo por la nariz.

Entonces la vio: estaba allí, frente a él, sentada en un banco de piedra, junto a una maceta de geranios rojos. El vestido verde aguamarina dejaba entrever sus rodillas. Varios segundos se desvanecieron antes que Severo tragase saliva.

—No sabía que estabas aquí —dijo, con el cigarrillo en la esquina de la boca.

Ella pudo haberse encogido de hombros; no lo hizo.

—Ahí dentro, como viste, se aburren hasta los peces. ¿Qué hace un tipo como tú en un sitio como este?

Metió una mano en el bolsillo del pantalón. Se quitó el cigarrillo de la boca y tiró la ceniza al aire golpeándolo suavemente con el dedo.

—Condenado a vivir con un salario bajo —se quitó el cigarrillo de los labios—, aprovecho estas ocasiones para socializar con una élite de la que pronto seré excluido. Entiendo que para ti sean una rutina insoportable.

El pitillo volvió a instalarse en su rincón favorito.

—No creas. Yo preferiría aumentar mis “asimetrías anatómicas” al aire libre. No me van nada estas fiestecillas de indianos a las que invitan a intelectuales de poca monta, que piensan que es chic “abreviar en las fuentes de Madrid”... —dijo y se apartó el pelo de la frente con el movimiento lento y largo de una verónica.

Él bajó la vista y dirigió el humo hacia abajo mientras se miraba los zapatos y lamentaba su estupidez. Cayó la ceniza al suelo y se sorprendió al oír las palabras que salieron de su boca.

—Tengo el coche ahí afuera —ni era una invitación, ni dejaba de serlo.

—¿No te dejaron aparcarlo en el salón? —preguntó con la frente alta.

Severo levantó la vista. Sus ojos podían desplazarle hacia ella, así que afianzó sus pies en el suelo.

—Si estás aburrida podríamos alejarnos de aquí.

Su boca parecía hablar sin que su cerebro la guiara.

—Sería más rápido si nos alejásemos en sentido contrario —dijo ella, y apartó la mirada e hizo chocar una rodilla contra la otra.

Severo quiso ser objetivo. Era una belleza de alta cuna, digna de un príncipe, que no pertenecía a su mundo de científicos y estudiantes de medicina. Aplastó el cigarrillo con la punta del zapato, como lo haría el quinto de la tarde.

—Me vuelvo pronto a Madrid...

Se había girado hacia la puerta, para evitar sus ojos, y hablaba dándole la espalda.

—Así que te queda menos para hacer el ridículo —repuso rápido sin darle cuartel.

Echó a andar hacia la puerta, intentando estirarse, y su boca siguió hablando.

—Supongo que contigo: “me enajenó la mente acalorada”.

—Ahora se supone que yo pregunte: ¿qué obra de teatro?, y que tú contestes: el Tenorio. En provincias, como bien sabes, leemos a Zorrilla en la escuela. Y más de uno lo sabe de memoria.

Él no supo qué decir. Ella sí.

—Tú eres el científico, y supongo que ahora te has dado cuenta de que la ley de la física no es verdad.

Él se quedó quieto, sin soltar la manilla de la puerta ni darse la vuelta.

—Ahora yo pregunto: ¿qué ley?

—Los polos de signo contrario se atraen, porque ya ves que se repelen.

Severo se volvió sin querer. Ella no se había movido. Lo miraba mordiéndose el labio inferior, la nariz apuntándole.

—En mi caso, la ley se cumple —aclaró, sin mirarla a los ojos.

Otros dos segundos se desvanecieron sin hacer ruido y sin que nadie hiciese un movimiento. Tragó saliva para acallar su boca y dejar que esta vez hablase su cerebro.

—No quiero irme sin decirte cuanto lamento haberte ofendido —se tocó la garganta como si quisiera facilitar la salida de las palabras—. No debí pedirte una cita. Solo espero que algún día perdones a este tonto por haber soñado con poder caminar a tu lado. Ya ves que no tengo mundo para estar contigo. De Madrid solo conozco el laboratorio donde hago los experimentos y el dormitorio de la residencia. No sé quien es Lili Álvarez, no sé cómo comportarme con una mujer bonita, y cuando estoy contigo no sé qué decir y hablo sin pensar. Sé que los hay que pronuncian Madrid con la boca grande, quizá yo sea uno de ellos y no me haya dado cuenta, pero allí no hay nadie como tú.

Ella ni se movió, ni habló, ni apartó la mirada.

Él se tocó el ala del sombrero y giró sobre sus talones. Lo había intentado y estaba contento por eso. Esperaba que el dolor del amor no correspondido no durase demasiado, o que no aumentase de intensidad. Cerca de la entrada a la casa, frunció los labios, bajó la manilla y abrió la puerta. Estaba cerca de la salida cuando se dio cuenta de que no caminaba solo.

—¿Me vas a dejar aquí? ¿Con los peces? ¿Adónde vas?

No lo sabía, aunque su boca parecía saberlo.

—En un café de Gijón sirven cenas tardías a los pescadores que salen al alba.

Ella se apresuró para alcanzarle. Atravesaron lo que quedaba del salón juntos, en silencio, sin mirarse, dos pasos de ella por cada uno de él. Al llegar al coche, él abrió la puerta del conductor y ella la del pasajero. Severo dudó. Ella le miró.

—¿Qué estamos esperando? —le preguntó.

El coche respondió al acelerador como le gustaba que lo hiciera. Cenaron en un restaurante junto al rompeolas, rodeados de caras tatuadas por el sol que comían y bebían sin hablar. El camarero les pidió que se fueran con la mitad de las puertas cerradas. Afuera, en el muelle, ella le besó con los ojos abiertos y él se olvidó de que no creía en el amor. Al regresar, Severo aparcó cerca de la casa de Carmen y hablaron durante seis horas. Cuando ella se fue había amanecido.

Decidieron casarse a pesar de la oposición de la familia de Carmen: Severo era un romántico incurable, un futuro médico sin consulta que había renunciado a los negocios familiares y sería incapaz de dar a Carmen el estatus social que ahora tenía.

—Hacer investigación es, y eso, Carmen, has de aceptarlo, uno de los trabajos peor remunerados.

—Pues bien orgullosos estáis de mi hermano —se defendió.

—Sí, sí. Orgullosos —sonrió su madre con malicia—, mientras esperamos que cambie. Severo, ya le conoces —le quitó un pelo que le había caído sobre el hombro—, no va a cambiar nunca. No he conocido persona más tozuda.

Se casaron en la basílica de Covadonga, a petición de los suegros. Construida en una cueva, sobre un lago, en medio de la sierra que cortaba un bosque. La ceremonia fue de altos vuelos. Severo la vivió resignado hasta que llegó el clímax y él le prometió a ella y ella le prometió a él que se mantendrían juntos en la salud y en la enfermedad, en lo bueno y en lo malo. Después de ponerse los anillos, les pareció haber conseguido algo increíble.

© del texto: Juan Fueyo Margareto, 2017  
© de esta edición: Milenio Publicaciones S L, 2017  
Sant Salvador, 8 - 25005 Lleida (España)  
[www.edmilenio.com](http://www.edmilenio.com)  
[editorial@edmilenio.com](mailto:editorial@edmilenio.com)  
Primera edición: junio de 2017  
ISBN: 978-84-9743-711-0  
DL 14-2017  
Impreso en Arts Gràfiques Bobalà, S L  
[www.bobala.cat](http://www.bobala.cat)

*Printed in Spain*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <[www.cedro.org](http://www.cedro.org)>) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.